

Viejas y nuevas fracciones burguesas en la construcción del espacio regional pampeano

*Marta Bonaudo
Elida Sonzogni*

Introducción

En el contexto de la expansión capitalista de la segunda mitad del siglo XIX, la región pampeana -en construcción- se va convirtiendo en uno de los protagonistas principales del modelo agroexportador. Si bien el área tiene una dinámica que se articula con los ciclos de inversión que se dan a nivel global, es posible advertir ciertas especificidades en el caso santafesino que devienen de determinadas políticas derivadas de la necesidad de redefinir su papel en aquel modelo.

Este artículo tiene por objetivo, en esta instancia, examinar -a partir de análisis previos- el rol jugado por diferentes fracciones burguesas (de nuevo o viejo cuño) que participan activamente en este proceso. En tal dirección, el interés radica no sólo en observar las formas de implantación multisectorial como modalidad inversora, sino también el comportamiento de algunos actores individuales que contribuyeron a dar una particular fisonomía al capitalismo regional.

Para analizar los procesos de acumulación realizados en el escenario provincial, se hace necesario examinar la incidencia sobre la dinámica local de los diferentes ciclos de atracción de capital que, desde el exterior, se proyectaron sobre la realidad argentina y particularmente sobre la pampeana. En este sentido, la investigación procura detectar el comportamiento de los inversores internos a la región, en dos momentos significativos por la fuerte afluencia de capitales extranjeros: 1862/75 y 1881/90¹.

Tales coyunturas no sólo permiten ver las estrategias elegidas para insertarse en el mercado de tierras, en las áreas de transporte o

¹ CONICET-UNR

¹ Cf. Andrés Martín REGALSKY: *Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986, p.13 ss.

transformación, en la actividad comercial y financiera, sino también los fenómenos de conformación de grupos económicos supraprovinciales, a través de determinados juegos de alianzas.

La colonización agrícola como estrategia empresarial entre Caseros y la crisis del modelo (1890)

El perfil dominante que aparece en el marco del desarrollo capitalista santafesino se relaciona indudablemente con la puesta en marcha de un modelo de crecimiento basado en la pequeña o mediana propiedad de la tierra que, al expandirse, genera condiciones sociales alternativas a la pervivencia de la gran extensión.

Las políticas estatales -nacionales o provinciales- alimentaron este camino a través de los proyectos de colonización agrícola hasta la década del '80.

El estado provincial, particularmente, lleva a cabo campañas de recuperación territorial que le permiten obtener un fondo que se transfiere rápidamente a manos privadas.

En el devenir de este programa, se observan secuencias que pueden articularse claramente con los ciclos de inversión en la región. En este sentido, el período que precede al primero de ellos (1862-1875) se caracteriza por un éxito limitado de las inversiones en esta esfera. Sólo cuatro experiencias sobreviven del impulso colonizador de estos años, envueltas en sus propias dificultades, particularmente las dos mayores: Esperanza y San Carlos. A una escasa respuesta de la llegada de capitales hacia este sector, se suman la persistencia de fronteras indígenas aún móviles, la incapacidad del propio estado para garantizar recursos y una infraestructura adecuada a las primeras experiencias, y la baja rentabilidad lograda por los colonos en los primeros años. De modo que tales emprendimientos son para el inversor un espacio de riesgo considerable, que en algunos casos, como el de la empresa Beck y Herzog, concluye con la quiebra de la compañía.

Nó obstante, los pocos ensayos planificados sirven de apoyatura a las futuras expansiones. En la coyuntura favorable que se inicia en 1862, la adquisición de tierras comienza a convertirse en una significativa instancia de canalización de inversiones. En este sentido, los sectores empresariales pretenden aprovechar las oportunidades que el mercado les ofrece para vincular de manera rentable, propiedad de la

tierra y colonización agrícola. La operatoria en este ámbito reúne a miembros del "patriciado" capitalino, a sectores que a través de una relación estrecha con el estado -en tanto proveedores, abastecedores, intermediarios y prestamistas- han logrado niveles significativos de acumulación, a colonos enriquecidos y a empresas extranjeras específicamente dedicadas a la colonización o vinculándose a ella a partir de su inserción en el sector ferroviario y en el bancario.

La estrategia que se impone no es, por supuesto, excluyente, ya que paralelamente a la participación en empresas de colonización, algunos de estos inversores, estimulados por los precios relativamente bajos de la tierra, no desestiman la actividad ganadera ni el acaparamiento de grandes bosques con fines especulativos. Tanto las empresas de colonización agrícola independientes como las subsidiarias de las compañías ferroviarias consideran que el beneficio puede viabilizarse a partir de diferentes modalidades. Algunos empresarios que se han visto beneficiados por la cesión gratuita o compra a bajos precios de la tierra a colonizar, centran sus expectativas de ganancia en la venta de parcelas, generalmente a plazos, lo que implica la percepción de una renta anual porcentual de las cosechas o de las crías que puede extenderse a cinco años. Ello les permitiría cubrir con creces lo desembolsado tanto en la adquisición y subdivisión de la tierra, cuanto lo destinado a pasajes, manutención, animales y herramental para los colonos.

Ciertas empresas se manifiestan altamente preocupadas por la rentabilidad de los capitales invertidos y, en consecuencia, llevan adelante una cantidad de actividades y controles sobre el trabajo de cada una de las familias, preservando la eficiencia del proceso productivo y, por ende, asegurando el incremento de los rendimientos. Para ello recurren al montaje de una granja modelo, que sirve de base experimental para el cultivo de diferentes especies vegetales, al tiempo que proporciona un referente en relación a los rendimientos posibles, entre tierras y simientes. Esto les permite ejercer, en segunda instancia, un control permanente sobre la eficacia del trabajo familiar, probables niveles de rendimiento, posibilidades de alternancia de cultivos, etc. Por otra parte, facilita la detección de las irregularidades cometidas que atenten contra los márgenes de rentabilidad de las empresas, función que realiza la plantilla de peones de la administración que con sus carros, animales y bolsas, constatan el monto de lo cosechado al tiempo que separan el porcentaje pactado. La reflexiva programación de las actividades empresariales impone una diagramación de recursos y

trabajo donde se detectan algunas cuestiones². Por una parte, cierta reticencia a diversificar el cultivo agrícola con actividades ganaderas de las cuales, la empresa, no obtendría ningún beneficio directo. Por otra -y especialmente en los primeros años de funcionamiento de la colonia como sucede en el caso de la Beck y Herzog- la misma decide mantener bajo su incumbencia todo lo referido a aprovisionamiento, no sólo como otro mecanismo de ingreso, sino como modo de concentrar el trabajo de las familias en su actividad productiva específica, sin distraer fuerza de trabajo en otras tareas.

Si bien el perfil dominante del modelo, durante las primeras cuatro décadas, conduce a la propiedad de la tierra por parte de los colonos, en ciertas coyunturas se acude a mecanismos de tenencia³, forma que se generalizará a partir de los '90. En el conjunto de las empresas con intereses en el área, aparecen diferencias en las instancias de gestión. Mientras en la Beck y Herzog, por ejemplo, se desprenden del tronco originario administradores y empleados gerenciales, impulsando proyectos compartidos o individuales, la empresa Lehmann -principal responsable de la colonización del oeste- mantiene un control unitario del proceso de colonización. La significación de esta empresa deviene fundamentalmente de que tanto la cabeza directriz, Guillermo Lehmann, como los funcionarios que le acompañan (Lambruschini, Stoessel, Hugentobler, Kaiser) son "hombres nuevos", colonos enriquecidos, decididos a continuar, ahora en su beneficio, la obra colonizadora.

Una vez iniciado el proceso colonizador, éste no se detiene por imperio de las crisis cíclicas (1873/76; 1884/85). El momento de desestructuración del modelo se ubica, en cambio, en torno a la década del '90, en donde se reformulan sus bases de sustentación. El detonante no es tanto la crisis, sino sus propias contradicciones así como las potencialidades del que se plantea como alternativo: el sistema de agricultura combinada⁴.

En todo este período se conjugan un conjunto de características en la implementación de la colonización agrícola. Por una parte, hasta mediados de la década del '70, se detecta una notoria coexistencia de

² M. Elena ALBAIZETA, Marta BONAUDO, Elida SONZOGNI: "Tierras, colonización y emergencia de una pequeña y mediana burguesía agraria". Rosario, papeles de trabajo, Facultad de Humanidades y Arte, 1988.

³ Marta BONAUDO, Elida SONZOGNI: "Viejos y nuevos colonos. Su convergencia en un mundo en transición", en *Ruralia*, Buenos Aires, FLACSO, 1990, N°1.

⁴ *Ibid.*

colonias ligadas más a los objetivos de defensa que a los estrictamente productivos, particularmente en el área norte expresada en la línea de fortines, con aquellas directamente orientadas a cumplir el rol central asignado en el modelo.

Por otra parte, la participación del patriciado capitalino en el poblamiento y colonización de la costa y el norte responde, en la mayoría de los casos, más a las propias necesidades de consolidar y potenciar la valorización de sus fondos territoriales que a un profundo compromiso con el proyecto. Las disputas por atraer a las empresas encargadas del trazado ferroviario evidencian las expectativas que tal emprendimiento generó para sus objetivos inmediatos. Al mismo tiempo revelan la preocupación de los inversores ferroviarios para orientar los trazados en áreas que pudieran significar cargas potenciales o virtuales, de allí la importancia de la colonización previa.

Un tercer elemento que es necesario destacar reside en que la colonización agrícola no sólo se proyectó desde el territorio provincial hacia otras jurisdicciones fronterizas, sino también favoreció la vinculación de grupos inversores intra y extraprovinciales, entre los cuales son ejemplos notorios, Guillermo Lehmann y Eduardo Casey. En el caso de Lehmann, cuya empresa originada en 1878, en sociedad con Christian Claus, opera con tierras propias o como representante de otros propietarios. El movimiento de la empresa testimonia la vinculación patrimonial que existe entre ella y ciertos grupos bonaerenses que actúan a través de una razón social que incluye pocos socios o bien mediados por entidades bancarias de peso, como es el caso del Banco Provincia de Buenos Aires⁵.

Una estrategia diferente es la que involucra a Eduardo Casey. El representa la figura visible de un grupo de ganaderos hibernobonaerenses que se vinculan a una propuesta de colonización pecuaria en el extremo meridional de la provincia (los campos de Venado Tuerto)⁶.

Esta experiencia en tierras de ganadería ovina, alrededor de dos unidades productivas bien definidas -la estancia y la "sheepfarm- es obra

⁵ Archivo del colonizador Guillermo Lehmann, correspondencia privada, escrituras y documentos de la Empresa Lehmann, Rafaela, Mimeo.

⁶ Marta BONAUDO, Silvia CRAGNOLINO, Elida SONZOGNI: "Poblamiento y desarrollo económico: tres experiencias de los ochenta", en *Revista de Historia*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 1992, N°3.

de migrantes extranjeros y nativos, procedentes muchos de ellos de áreas extraprovinciales. Entre los extranjeros, el núcleo central está constituido por los irlandeses, comunidad que se ha ido consolidando básicamente en la provincia de Buenos Aires entre 1840 y 1860, recibiendo más allá de estas fechas sólo escasos aportes de nuevos miembros⁷. En realidad, ellos constituyen los principales destinatarios de la propuesta del grupo empresarial que formaliza el remate, ofreciendo buenas tierras en los "campos de afuera" a precios sustantivamente más ventajosos que en Buenos Aires. A ello se suma la operatoria de ciertos grupos familiares que convocan a parientes que residen en otras zonas⁸.

Finalmente, si en las primeras dos décadas el impulso colonizador está a cargo de actores locales, con alguna injerencia extranjera, desde los '70, el fenómeno aparece ligado a la expansión ferroviaria, con capitales franceses, ingleses y locales y a sus efectos multiplicadores.

El Ferrocarril Oeste Santafesino en el segundo ciclo de expansión ferroviaria

La modernización de los transportes resulta una exigencia ineludible para los gobiernos de la Confederación y los surgidos a partir de Pavón. La articulación de los mercados regionales y la apertura a espacios económicos más allá de las fronteras nacionales requieren un significativo esfuerzo en la planificación política de integración. En este contexto, el trazado ferroviario se convierte en un objetivo prioritario para el estado nacional y las administraciones provinciales. En la provincia de Santa Fe, las distintas gestiones, estimuladas desde el gobierno confederal o del estado nacional, asumen entre la década de los '60 y los '90, un rol protagónico en la modernización del sistema de transportes. Con ello se intenta canalizar hacia esas áreas el flujo de capitales que, atraídos por la activación económica producida por las exportaciones de lana y los primeros pasos del programa de colonización agrícola, se volcaron en Argentina desde 1862. Fruto de tales empeños es el Ferrocarril Central Argentino, que uniendo el puerto de Rosario con la mediterránea Córdoba, se lanza al servicio público en 1870. Las características intrínsecas de la inversión ferroviaria, es decir, el lento proceso de maduración del capital, la hacía escasamente estimulante para los inversores locales, orientados a la ganancia de corto plazo y de

⁷ Juan Carlos KOROL, Hilda SABATO: *Cómo fue la inmigración irlandesa en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1981.

⁸ Marta BONAUDO, Silvia CRAGNOLINO, Elida SONZOGNI: "Poblamiento y...", op. cit.

reducido riesgo. Ello explica el retraimiento en la compra de acciones en ocasión de la convocatoria gubernamental para el financiamiento del Central Argentino. Sin embargo, con posterioridad a la crisis de 1873/75 y fuertemente preocupados por los condicionamientos de una infraestructura de transportes altamente insuficiente, ciertos sectores empresariales deciden involucrarse en este área, con la apoyatura del Estado y de algunos capitales externos. De estos esfuerzos emerge el Ferrocarril Oeste Santafesino destinado a asociar el negocio inmobiliario con el sector ferroviario. El promotor de este emprendimiento es Carlos Casado, el pionero colonizador de Candelaria⁹.

La iniciativa empresarial encontró respuesta favorable entre los capitalistas locales, algunos de los cuales se incorporan inmediatamente a su Directorio¹⁰. Su rápida construcción como obra prioritaria dentro del diagrama ferroviario vigente parece derivar de un conjunto de factores: el progresivo desplazamiento de las expectativas en torno a la productividad potencial del suelo desde las colonias del centro hacia los nuevos campos del sur, fenómeno relacionado en parte con las sucesivas coyunturas desfavorables que a lo largo del '70 experimentaron las primeras; la demanda de ciertos individuos o grupos empresariales, ligados al negocio de la colonización, que ven en el ferrocarril un significativo elemento de valorización de sus propiedades y una vía imprescindible para la salida ágil de los productos exportables; y por último, y de ninguna manera superfluo, la inclusión de Carlos Casado como Presidente del Directorio del Banco Provincial, situación que sin duda facilitó la derivación rápida de capitales, tierras y subsidios.

Mientras en otras experiencias de asociación de colonización y empresa ferroviaria la expansión de la agricultura y la radicación de colonos no aparecen como objetivo prioritario, en el caso del Ferrocarril Oeste Santafesino, éstos adquieren centralidad. La política llevada adelante por los accionistas del propio ferrocarril así como por grandes

⁹ Carlos Casado había ingresado al negocio colonizador hacia principios de la década del '70, al fundar la colonia Candelaria, que determina el cambio en el uso productivo del suelo, desplazando la ganadería e incorporando la actividad cerealera en el área. El éxito de Candelaria y la respetable concesión de casi 400.000 has. que el gobierno provincial otorga en ocasión de la construcción del ferrocarril, incentivan la proliferación de estaciones y pequeñas colonias que van cubriendo ese paisaje rural.

¹⁰ Lisandro Paganini, Lisandro de la Torre, Juan Canals, Desiderio Marquardt y Daniel Regunaga proceden de campos múltiples (banca, comercio, sector agrario) vinculados algunos de ellos a inversores extranjeros. La convocatoria fue más exitosa que la registrada en ocasión de la suscripción del Ferrocarril Central Argentino en 1863, en donde también había participado Carlos Casado.

propietarios o comerciantes del área (Chabas, de Larrechea, Arteaga, Pérez, Godeken, Bigand, Bustinza, etc.) da por resultado la formación de casi cincuenta colonias que usufructúan su servicio a fines de siglo y que abarcan una zona de más de 300.000 hectáreas colonizadas.

De esta manera, el emprendimiento refleja ciertas innovaciones en la modalidad inversora. Por una parte, aún cuando las esferas de radicación de capital funcionan autónomamente, son pasibles de integrarse en una exitosa combinación. En segundo lugar, la estrategia conjunta opera como mecanismo potenciador de las expectativas de rentabilidad, al multiplicar los centros coloniales puestos en producción y al facilitar un rápido y más eficiente transporte del cereal hacia el nudo portuario.

Paralelamente al proceso de colonización, resulta significativo el de especialización productiva, que con detenimiento registran las Memorias de la empresa, ya que el desarrollo del cultivo cerealero influye directamente sobre la carga potencial transportable y, por ende, sobre los beneficios de la firma.

De acuerdo con esta documentación, que abarca la década de 1884 a 1894, el tonelaje transportado por vía descendente (hacia Rosario) está integrado por las producciones que derivan del área de colonias, particularmente del "hinterland" casildense, en las que el rubro "cereales" representa normalmente entre el 91 y el 97% del total despachado. Como contrapartida, los materiales transportados desde Rosario y las localidades intermedias por vía ascendente, revelan las fluctuaciones de una demanda creciente pero de menor envergadura que el volumen de cargas por vía descendente. La composición general de la carga se vincula con materiales de construcción, de consumo alimentario y de combustible. El tercer rubro de significación para los ingresos de la empresa lo constituye el creciente transporte de pasajeros, que aunque menos importante que el flujo de las cargas aumenta su proyección en las cuentas de la empresa. De todas maneras, el Ferrocarril tiene, en toda esta etapa, una fuerte dependencia del ciclo agrario, reflejada tanto el tonelaje de las cargas como en el movimiento de pasajeros.

El propio proceso de expansión de la empresa va a motorizar una demanda que se desarrolla en diferentes tiempos y afecta tanto al sector

de la producción como al del trabajo¹¹. La construcción ferroviaria reclama la incorporación creciente de rieles, durmientes y material rodante. En una primera etapa, mientras los durmientes derivaban de la explotación maderera del noreste, salvo en coyunturas en las que resultaban insuficientes, los dos restantes engrosaban el tonelaje de bienes importados que la empresa ingresaba, liberados del pago de derechos aduaneros. No obstante, el aumento del monto de las cargas y del número de pasajeros, y su incidencia sobre la demanda de vehículos, las necesidades de mantenimiento de vagones y de locomotoras, sumadas a lo que los empresarios consideraban un alto costo de abastecimientos provenientes de empresas privadas, debieron estar en la base de la instalación de talleres propios.

En relación a otras empresas contemporáneas, que se ubican en un estadio transicional entre el taller y la manufactura, los ferroviarios se aproximan a la segunda organización, reflejada incluso en el número de obreros empleados. En 1887, el Oeste Santafesino ocupaba alrededor de 250 personas. De acuerdo con la descripción del ingeniero Firmat en ese mismo año, las instalaciones están integradas por un área de tornería, un taller de máquinas, un sector de montaje y un pequeño taller de fundición de hierro, que le permite fabricar piezas de toda clase y tamaño, a excepción de las ruedas, que se importan de Inglaterra y de Estados Unidos. En 1890, no sólo se ha renovado la maquinaria existente, sino que se agrega la sección del aserradero "para el trabajo de construcción de vagones". Ello le permite a la empresa abastecerse tanto de piezas fundidas como de vagones y coches que se van incorporando al tren rodante con las adaptaciones necesarias al tipo de carga transportadas. La empresa adquiere así cierta autonomía de importaciones precedentes, a excepción de las locomotoras.

El mundo del cereal como estimulador de actividades de transformación

La actividad agrícola, especializada en el cultivo cerealero, constituye sin duda, un renglón central para el funcionamiento del proyecto agroexportador. Pero también, bajo su influjo, se tenderá a potenciar el abastecimiento de ciertos bienes elaborados, algunos de los cuales se asignan, en el modelo global, a la importación. Este dinamismo originado en el mundo del cereal favorece, en consecuencia, ciertos

¹¹ Marta BONAUDO, Elida SONZOGNI, Silvia CRAGNOLINO, María Elena ALBAIZETA: "Ferrocarriles y mercado de tierras en el centro sur de Santa Fe", en *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José Mora y Fac. de Filosofía y Letras de la Universidad de Nuevo León, Monterrey, año II, 1992, N°6.

niveles de integración entre áreas especializadas en la provisión de materias primas y centros de transformación. Es así que, desde mediados de los '70 en adelante, se observa en el escenario colonial una paulatina atención a los requerimientos de las demandas locales, regionales y nacionales, aún cuando ello no pretende alterar el monto exportable.

La actividad del cultivo cerealero se asocia desde muy temprano con la elaboración de harinas, a través de una unidad productiva típica del paisaje de la colonización: el molino harinero. Como las primeras instalaciones presentan una relativamente reducida inversión de capitales, ella aparece tanto como complemento natural de la actividad de los propios colonos, cuanto de ciertas empresas de colonización o de algunos grandes propietarios. Esta escasa inversión de capitales obedece, en parte, al bajo nivel tecnológico que caracteriza en un principio a este tipo de producción, a la utilización de un combustible al que se accede fácilmente por la cercanía de formaciones boscosas o de algún curso de agua, y posiblemente, en el caso de los colonos propietarios, a una organización económica basada en la ayuda familiar. De los 24 molinos detectados que funcionan en la década '70, doce se ubican particularmente en el área del centro (Esperanza, Franck, Humboldt, San Carlos, Las Tunas, etc.). Ellos abastecen una demanda local o interlocal cubriendo un espacio geográfico restringido dado los condicionamientos de los transportes. Como contrapartida, se proveen de los insumos provenientes de un circuito de similares características, que si bien acorta el recorrido de la materia prima, condiciona su producción, tanto en calidad como en su ritmo anual. El resto de los molinos se sitúan en zonas, o bien vinculadas al subsistema del Central Argentino o de fácil accesibilidad al tránsito fluvial, lo que permite presuponer su inserción en un circuito de intercambio mucho más amplio y dinámico.

En los quince años siguientes, el número de establecimientos se eleva a 80, registrando un aumento de un 157% con respecto a la primera de las décadas consideradas. Este crecimiento se distribuye en una multiplicación de los molinos en el área de más reciente colonización en el proceso de expansión de las colonias originarias. Entre esas fechas, colonias como Pilar, Rafaela, Clucellas, Sunchales y otras disponen de estas plantas de transformación del cereal, facilitadas ahora sus comunicaciones con la presencia del Ferrocarril Provincia de Santa Fe, complementadas a su vez con el sistema de tranways a vapor y la perduración de los vehículos más tradicionales (carros, carretas, etc.)

Por otra parte, también crecen en niveles similares la instalación de estas empresas en el interior del subsistema del Central Argentino. A los existentes en Carcarañá, Cañada de Gómez y Santa Teresa, se agregan otros en las mismas localidades, además de los de Armstrong y Bernstadt. Continúan siendo importantes las áreas portuarias, particularmente Rosario y San Lorenzo como sedes de estas plantas, pero tal vez la zona que atrae más atención en este momento, es la vinculada al Oeste Santafesino. En ella, a diferencia de la dispersión espacial observada en el área de las colonias del Provincia de Santa Fe, la localización se concentra en Villa Casilda, la cual ya ha sido mencionada por otra parte, como centro de acopio y distribución. Esta localidad reúne seis de los siete molinos existentes¹².

El contacto con las principales redes ferroviarias garantiza entonces, a partir de la década del '80, a la actividad molinera, el abaratamiento de los costos del transporte, de la materia prima, del combustible y del producto elaborado. A su vez, facilita la obtención de una materia prima de calidad uniforme y en cantidad suficiente ya que supera la dependencia local o del "hinterland" inmediato para el abastecimiento. Al mismo tiempo, los niveles de modernización de esa actividad productiva no sólo incrementan las potencialidades de la oferta, sino que también conducen a dos procesos concurrentes: por un lado el desplazamiento de algunos pequeños inversores que no disponen de capital suficiente ni de crédito para reciclar sus plantas. Por otro, el aumento de la demanda de fuerza de trabajo que complementa o reemplaza la primitiva "ayuda familiar", con la incorporación tanto de un mayor número de trabajadores sin calificación cuanto de un plantel de relativa importancia de trabajadores "especializados" (mecánicos, foguistas, maquinistas, tenedores de libros, contadores, etc.).

De la misma manera, las áreas cerealeras provocarán ciertos desarrollos de otras actividades de transformación, estimulando el afán inversionista, desde distinto tipo de evolución del capital. Si bien la complejización en los sistemas de elaboración y los primeros síntomas de automatización derivan de la introducción de maquinarias norteamericanas y austrohúngaras, su instalación en las plantas y posterior mantenimiento generan demandas que motorizan a otros sectores de actividad bastante frecuentes en las áreas de colonias: el de las fundiciones, herrerías o complejos de carpinterías y herrerías que

¹² Nuevamente, Carlos Casado muestra una indudable vocación de articular la inversión en la explotación agraria, con las esferas de transformación y transporte de la producción cerealera.

manufacturan repuestos, herramientas, máquinas o instrumentos agrícolas, o bien se orientan a la construcción de carros para el transporte del cereal. Las características organizativas de estos establecimientos varía en escala de complejidad y magnitud. Si bien las tres primeras (fundiciones, herrerías o complejos) no alcanzan la organización de las empresas molineras ni las de maquinarias agrícolas en lo que hace a la cuantía de la fuerza de trabajo ocupada y a la diversidad de funciones que debe cumplir, ellas desarrollan su actividad en ritmos intensos, particularmente en los períodos de cosecha, tanto para dar respuesta a las demandas de los productores agrarios como la que proviene de los empresarios manufactureros de la zona.

Desde el inicio de las instalaciones más tempranas en el centro de la provincia, surge la necesidad de provisión de maquinarias y herramientas agrarias. En parte, esta demanda se satisface a través de la importación de esos bienes desde el exterior. Sin embargo, las dificultades de reposición de piezas o partes y las peculiaridades de cierto herramental, impulsan la aparición al principio de pequeños talleres, los que se irán complejizando con el paso del tiempo. En este sector productivo se canalizan inversiones que provienen de diferentes sujetos sociales. Por una parte, no pocas de las empresas comerciales vinculadas a la importación-exportación se orientan hacia estos rubros. Por otra, algunos empresarios exitosos de la colonización agrícola deciden complementar sus inversiones previas con este tipo de actividad. Un tercer grupo lo conforman los propios protagonistas de la colonización agraria que apostaron a su capacitación artesanal previa, como es el caso del herrero austríaco Tabernig o el de Nicolás Schneider en Esperanza.

Tanto la producción de maquinaria agrícola como la de carros y otros vehículos, excede los límites de las colonias y cobra singular importancia en el centro portuario de Rosario. En él se multiplican los talleres y las manufacturas, como la casa Woods. La fundición Angloargentina de Barlow, la herrería mecánica y fundición de Santiago Righetti, las manufacturas de carros y carruajes de Alejandro Plante y la de Anagand y Auriel que dan trabajo alrededor de 30 a 70 operarios en sus respectivas plantas. Esta producción se orienta a satisfacer tanto la demanda generada en los espacios agrícolas como la que proviene de la propia actividad ferroviaria cuando la efectuada por sus talleres resulta insuficiente.

El espacio del comercio y las finanzas condicionando o potenciando los procesos de acumulación

La diversidad de experiencias de inversión que estimula al sector productivo en tanto eje básico del modelo agroexportador, encuentra en el capital mercantil y financiero dos fuertes referentes tanto para impulsar la acumulación cuanto para condicionarla. Si bien éstos operan en los principales núcleos urbanos, el centro más dinámico de radicación lo constituye, sin duda, la ciudad de Rosario. Esta se convierte en el escenario elegido por las grandes casas importadoras y exportadoras para promover sus intercambios. En realidad, éstas constituyen el eslabón final de un circuito de comercialización que en las etapas precedentes está representado por el almacén de ramos generales, el acopiador o incluso, el molinero. Este circuito, si bien no está totalmente cristalizado como la va a ser después de los '90, opera como engranaje indispensable para la llegada del cereal al mercado (interno o externo), desde dos niveles: el estricto de la comercialización y el menos regulado de la financiación previa a la que se subordinan los pequeños y medianos productores agrarios, en función de un reducido capital que los obliga a recurrir a la venta anticipada como estrategia habitual para dar respuesta a las demandas del ciclo productivo.

Más allá de estos condicionamientos, los niveles de acumulación que el área va mostrando proyectan su dinamismo en otras esferas de la actividad comercial. Los claros indicadores del aumento demográfico, la complejización urbana y la consecuente demanda creciente de bienes y servicios, favorecen el desarrollo de un comercio en pequeña y mediana escala, dirigido a satisfacer el consumo especializado u ocasional, además del necesario al abastecimiento cotidiano. Aunque Rosario sigue siendo el punto de mayor concentración y diversificación de las actividades económicas. El mismo fenómeno complejizador se da en todo el sistema urbano provincial, con el consiguiente aumento del sector terciario. Tal entramado favorece e incentiva el surgimiento y consolidación de una pequeña burguesía urbana que, en muchos casos, experimenta fenómenos de movilidad ascendente.

Las importantes demandas de crédito provenientes de una actividad comercial y productiva en constante evolución está en la base de las distintas iniciativas que estimulan la emergencia de la actividad

bancaria¹³. En este sentido es nuevamente la ciudad portuaria del sur la que lleva la delantera en las inversiones en el campo financiero. Esto deviene del activo papel desempeñado por Rosario a partir de la organización confederal, así como de su protagonismo en la reactivación económica generada por la guerra del Paraguay.

El período que transcurre entre la conformación de Rosario como primer puerto confederal y la contienda internacional permite observar un fenómeno que, aunque irá perdiendo peso en la etapa posterior, no desaparecerá totalmente: la vinculación de grupos de inversores extrarregionales, interesados en la actividad financiera pero también en otro tipo de negocios como el inmobiliario, con capitalistas locales. Un caso paradigmático es indudablemente el del Barón de Maua, que intenta estructurar una trama inversora que articula su propio país de origen Brasil, conjuntamente con Montevideo y el litoral argentino.

Esta relación no sólo implicó a inversores privados, sino también a miembros del estado confederal, el posterior nacional o provinciales.

El proceso de inversiones de capital en esta esfera parece desarrollarse en dos grandes etapas, cuya línea divisoria está marcada por la instalación del Banco Provincial de Santa Fe. En la primera etapa -previa a 1874- y a excepción del Banco de Londres, surgen distintos establecimientos de pequeña envergadura y efímera duración, resultado, en la mayoría de los casos, de capitales originados en el comercio y en el negocio inmobiliario. Estos son los casos del banco de Carlos Casado (1864), el Comercial de Santa Fe (1866) del empresario y colonizador Mariano Cabal, el de Rosario de Santa Fe (1870) entre cuyos inversores se encuentran comerciantes y propietarios rurales (Paz, Carbó, Castellanos, Grognet, Hertz). También los capitales bonaerenses se involucran en el negocio financiero a través de la sucursal del Banco Argentino (1865) o la Sociedad de Crédito Territorial de Santa Fe (1869). En estas sociedades, los inversores de la provincia vecina se asocian a importantes figuras del comercio y de la actividad agraria local (Aldao, Zubelzú, Lejarza, Paganini, Arzac, se vinculan con Diego de Alvear, Pedro Llambí Campbell, Bernardo de Irigoyen).

Dichas instituciones, dentro de sus límites, intentaron responder a la demanda de créditos derivada de la operatoria de las empresas de

¹³ María Elena ALBAIZETA: "Notas acerca de las inversiones bancarias en la provincia de Santa Fe", en *Anuario*, Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, 1986/87, N° 12.

colonización, las casas importadoras y exportadoras y también los pequeños comerciantes locales.

La insuficiencia de esta estructura y su propia crisis envuelta en la del '73, está en el origen de la emergencia de una institución semiprivada que será impulsada conjuntamente por el gobierno provincial y la burguesía mercantil rosarina. Mientras los inversores rosarinos asociados a empresarios del centro y sur aspiran a consolidar una estructura bancaria para el desarrollo del comercio y de la "industria", el gobierno provincial pretende hallar en ella la herramienta adecuada para hacer frente a su deuda interna y externa. Paralelamente a esta creación, se observa una intensificación de la inversión bancaria, notable en la década siguiente, en la que capitales locales comparten el espacio con inversores extranjeros.

La banca extranjera en la década del '90 suma al preexistente Banco de Londres, el Británico de la América del Sur (1893). Precedentemente, han hecho su aparición dos instituciones bancarias ligadas a las colectividades de mayor significación en la provincia: la italiana y la española. En tanto el Banco de Italia y el Río de la Plata (1887) es una sucursal de la casa matriz en Buenos Aires, fruto de una sociedad de capitalistas vinculados al comercio, el Banco de España y del Rosario de Santa Fe (1888) es él mismo el resultado de una confluencia de inversores residentes en la ciudad. Seguramente, estos dos establecimientos bancarios aspiran a incrementar su estructura de capital con la participación activa de pequeños o medianos accionistas de las respectivas colectividades y dinamizar su operatoria a través de los fondos de remesas que los pequeños ahorristas derivan a las dos penínsulas.

Al formular el análisis de la canalización de los créditos bancarios, es posible detectar que el objetivo de obtención de altas tasas de ganancia limita las posibilidades de estímulo a las empresas productivas, condicionando fuertemente las facilidades para acceder a ellos, por parte de los pequeños productores rurales o sus pares en el ámbito urbano. En cambio, se pueden observar a grandes rasgos, dos tipos significativos de inversión hacia los que se orientan los recursos financieros: la compra de tierras o los préstamos y/o adelantos de fondos al estado provincial o a los municipios, a cambio de la percepción de rentas fiscales. No pocas de estas instituciones bancarias operaron como intermediarias en la contratación y pago de empréstitos contraídos en el extranjero.

Al reflexionar en torno a este verdadero proceso de construcción social que vivió la provincia de Santa Fe desde Caseros hasta la década del '90, no sólo se siente el impacto de las condiciones de desarrollo generadas en una dimensión que a nivel mundial tiene escasos símiles para el período, sino también se percibe la maleabilidad de ese entramado social para adaptarse a las diferentes coyunturas que le plantea el mercado y superar los límites que éste le impone.

Desde los noventa la realidad provincial abre una serie de perspectivas:

En primer lugar, es posible observar la consistente articulación de alianzas que se traban entre fracciones antiguas o emergentes de la burguesía santafesina con sus pares cordobeses, bonaerenses, entrerrianos, dando especificidad al espacio regional pampeano que no corta, sin embargo, sus lazos con Montevideo u otras áreas del antiguo Litoral. La trama de articulaciones se gesta, no pocas veces, en torno a vínculos matrimoniales en el interior de redes parentales en vías de consolidación, pero adquieren toda su potencialidad a través de sus estrategias de funcionamiento en el campo económico y social.

En segundo lugar, el mundo rural y el urbano se mueven motorizados por una demanda creciente de bienes exportables, demanda que si bien tiene carácter cíclico, va posibilitando el despliegue del eje básico de desarrollo regional: la producción del sector primario. Resulta interesante observar cómo en cuarenta años, la Provincia pone en marcha dos modelos de desarrollo ligados a la agroexportación: el centrado en la pequeña o mediana propiedad de la tierra y el ligado a la gran extensión. Ambos modelos coexisten como en paralelas, operando en las últimas décadas en áreas comunes. Sin embargo, tal como lo señaláramos, las propias potencialidades del primero y sus contradicciones, limitan su viabilidad. El segundo aparece entonces en toda su plenitud, consolidando el "boom" cerealero que orientará la salida de la crisis. La capacidad de adaptación de los colonos enriquecidos, de las compañías colonizadoras y de los grandes propietarios serán puestas a prueba. El resultado será la utilización de algunos elementos básicos del proyecto "fermer" a las nuevas condiciones: parcelamiento en pequeños lotes de la tierra destinada al cereal, trabajo familiar -con fuerte presencia de la inmigración extranjera- pero en situación de tenencia, no de propiedad. La alternativa de la estancia, vinculada al sistema de cultivos combinados, que permite conciliar ambas producciones, ganadería y agricultura, subsume en su interior alguna de las bases del exitoso programa de colonización. Los empresarios colonizadores, a su vez, no desaparecen. Siempre existe

hasta el Centenario la posibilidad de continuar corriendo la frontera agrícola-ganadera, pero también es factible la transformación de las empresas en instancias orgánicas de arrendamiento o subarrendamiento.

Estos grupos o fracciones de una burguesía en ascenso no sólo están dispuestos a ajustarse al imperativo de los ciclos económicos, sino que pueden, en su interior, potenciar una u otra alternativa de desarrollo capitalista siempre que se aseguren las tasas de rentabilidad.

Esa capacidad de adaptación a situaciones cambiantes no sólo se proyecta en la vida rural, sino que adquiere una significación particular en la esfera de actividades de transformación en el ámbito de las ciudades. Como queda dicho en páginas anteriores, el paulatino proceso de construcción del mercado interno va generando perspectivas para las áreas de elaboración de materias primas y para aquellas orientadas a satisfacer las necesidades básicas del ciclo agrícola, particularmente las de maquinarias y herramental. Tanto en el área ariginaria de colonización como en Rosario, han emergido talleres manufactureros, fundiciones, "fábricas", que expresan un incipiente estadio de "sustitución de importaciones". Mientras algunas empresas se consolidan en esa línea, otras -pioneras en la rama- van desplazando paulatinamente la producción por la importación, considerando mayores los márgenes de su rentabilidad y bloqueando, de este modo, otras potencialidades.

Desde otra perspectiva, determinadas esferas productivas ligadas al cereal se enfrentan a los cambios tecnológicos. El caso más típico lo ofrece la industria molinera, de gran proyección en el universo de la colonización agrícola y que comienza a mostrar, en torno a la crisis, no sólo fenómenos de quiebra de empresas, sino también un significativo proceso de concentración a cargo de grupos más consolidados o nuevos pero con mayores niveles de inversión.

El crecimiento experimentado tanto en las actividades agroexportadoras como en aquellas ligadas al mercado interno va acompañado por una multiplicación de las potencialidades de la oferta y la demanda entre productores y empresarios, complejizando los procesos de especialización y división social del trabajo tanto en el espacio local como en el regional pampeano. Se va definiendo un consumo "en profundidad"¹⁴ en el que juegan un rol significativo no sólo los resultados

¹⁴ Cf. Mario CERUTTI: "El gran norte oriental y la formación del mercado nacional en México a finales del siglo XIX, 1986", mimeo.

exitosos del desarrollo agrario, sino fundamentalmente: la modernización del sistema de transportes.

Finalmente, en todo este proceso, existe una notable interacción entre estas fracciones y el estado, tanto nacional como provincial. Ello explica el interés de estos sectores por ocupar y controlar los espacios de decisión y la dificultad de consolidar, en esta etapa, criterios de legalidad originados en el bien común, a partir del peso de los intereses privados en el espacio público. La preocupación por controlar el aparato estatal se fundamenta en el hecho de que la participación en instancias de gestión permite obtener información cierta sobre los negocios y la marcha de los mercados; manipular, en caso necesario, la esfera legal; ubicar al funcionario adecuado en cada ocasión; prever, en fin, los problemas que pudieran originarse y que lesionarían los objetivos propuestos.

Es indudable que una de las esferas de mayor convergencia es la de la enajenación de las tierras fiscales, en la que se favorecieron inversiones de las que participaron alternada o simultáneamente, funcionarios y empresarios privados. Las vías de acceso a la tierra pueden devenir de distintas instancias. Una de las más significativas se vincula a la asignación de tierras como contrapartida de préstamos al estado. Paralelamente a ella aparece la donación o la hipoteca.

Otra vía, menos frecuente, pero no por ello menos significativa se vincula a la compra de tierra a bajo costo, poseyendo previamente la información de su rápida valoración merced al trazado de líneas férreas. También los mecanismos de expropiación de la tierra pudieron convertirse en instrumentos jurídicos para ejercer derechos sobre ciertas áreas territoriales.

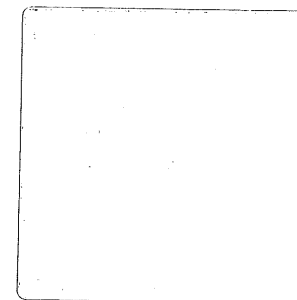
Paralelamente al avance sobre la tierra pública, otras empresas se convierten, en las décadas del '70 y del '90, en nuevos espacios de acumulación y consolidación de riquezas: el trazado de las redes ferroviarias o la creación del Banco Provincial de Santa Fe.

En este tipo de negocios, donde la magnitud de la inversión acrecienta los riesgos y el tiempo de maduración del capital es más lento, es frecuente también la apelación desde los sectores privados al estado para que éste asuma parte de esos riesgos a través de la contratación de empréstitos, los subsidios, las garantías y la cesión de tierras. Esta apelación parece bastante posible dado que las relaciones

parentales e interpersonales entre los funcionarios públicos y los sectores privados son frecuentes en las burguesías rosarina y capitalina.

Pero además resulta evidente que, por lo menos hasta la década del '90, el estado ha asumido el compromiso de este proyecto de desarrollo. Más allá de la ambigüedad en que se desenvuelven el espacio público y el privado. El estado provincial decide, gestiona y ejerce algún contralor. En la década del '90, se ha agotado ya el fondo patrimonial del que podía disponer. Concomitantemente, se enfrenta a una crisis significativa de los recursos fiscales, que le obliga entre otras cosas, a renegociar la deuda pública, a ceder a perpetuidad la totalidad de las líneas ferroviarias bajo su control y a derivar al gobierno nacional el derecho de emisión del Banco Provincial.

El discurso privatista que ha ido tomando cuerpo durante los '80, reaparece, vigorizado por la crisis y el fuerte deterioro de las finanzas públicas. En ese marco, el estado provincial no hace otra cosa, a través de sus sucesivas concesiones, que adecuarse a la posición sustentada desde el estado nacional por Juárez Celman, para quien los gobiernos "son por naturaleza, malos administradores económicos. Por consiguiente...las políticas de *laissez-faire*, defendidas por muchos teóricos europeos, debían adoptarse como doctrina básica del estado argentino"¹⁵.



¹⁵ Carlos MARECHAL: *Historia de la deuda externa de América Latina, México, Alianza, 1988, p.159.*